

En el país de donde soy...

Vamos en peregrinación espiritual al lugar que vio nacer al padre de los pobres, al Apostol de la Caridad, un genio y un santo. Habéis adivinado : se trata de San Vicente de Paúl, el que os saluda al entrar en el corredor de la capilla, ahí vela por su «familia»: vosotros, nosotros...



En el «Berceau de St. Vincent», al sudoeste de Francia, cerca de Dax, se alza una encina majestuosa.

¡Es todo un símbolo con sus raíces y ramas! Es imagen de la fecundidad que Dios da a quien se ha dado totalmente a El :

« Nada me agrada sino en Je-



¡Descubramos a sus hijos espirituales!

27 septiembre 2003

De niño, Vicente rezaba de rodillas al pie de una estatua de la Santísima Virgen que había colocado en el hueco de una encina. Sacerdote, quiso celebrar su primera misa en Buzet, capilla solitaria dedicada a Nuestra Señora. Más tarde, puso todas sus obras bajo el patronato de María Inmaculada. Con frecuencia olvidamos que llevaba colgando de la cintura un gran rosario y no lo dejaba nunca. Al toque del Ángelus, cortaba toda conversación. Ayunaba abiertamente las vísperas de todas las fiestas marianas y terminaba todas sus conferencias espirituales por una plegaria a Nuestra Señora. Se comprende, pues, la devoción mariana de los misioneros y de las Hijas de la Caridad, escogidos para extender, a través del mundo, el mensaje de la **Concepción Inmaculada de María**, que lleva la medalla pedida por la Santísima Virgen misma en la capilla de la calle del Bac. Además, fue san Vicente quien inspiró a Catalina Labouré su vocación de Hija de la Caridad. **Los santos se mantienen activos en el cielo!** En 1830, después de haber visto el corazón de san Vicente, Catalina recibió el inmenso favor de ver a la Santísima Virgen, la víspera de la fiesta del santo. ¡Se lo había pedido tanto! Como san Vicente, a quien amaba tanto, se consagró después toda su vida al servicio de los pobres. Su confesor, el Padre Aladel, lazarista, hizo acuñar la medalla. En 1832 una terrible epidemia de cólera se propaga provocando la muerte de 20.000 parisienses, se distribuyen las primeras 2.000 medallas. Las curaciones se multiplican, lo mismo que las protecciones y las conversiones. Es un maremoto. El pueblo de París llama a la medalla « milagrosa ».

La Virgen María y san Vicente



Los carnés de la capilla

español

Los Sacerdotes de la Misión

Lazaristas

Paúles, Vicentinos

Y la Capilla

Con el testimonio

del Padre Bernard Schoepfer c.m.



Capilla de Nuestra

Señora de la Medalla Milagrosa

140 rue du Bac – 75340 Paris Cedex 07

<http://chapellenotredamedelamedaillemiraculeuse.com>

...que continúa hoy a lo largo y ancho del mundo! Conversión de san Pablo. ¡Un guiño de la Providencia! Por eso los misioneros celebramos todos los años el 25 de enero. Vicente tenía 36 años, era sacerdote desde la edad de 20 años, pero vegetaba un poco, buscaba como servir mejor a Dios. Y de pronto, a la cabecera de un moribundo, descubre la miseria espiritual, los destrozos del pecado, la urgencia de la evangelización, y sobre todo, la grandeza del sacramento de la penitencia, la confesión... que nosotros llamamos sacramento de la reconciliación. Nuestra capilla es un lugar privilegiado para reconciliarnos con Dios. ¡No es por un azar! En 1625 san Vicente funda la **Congregación de la Misión** (por eso las iniciales añadidas al nombre de los misioneros: c.m.), una pequeña compañía de sacerdotes y hermanos, nacida para evangelizar los campos. ¡Hoy es necesario evangelizar las megápolis! Pronto, los misioneros se dedicarán a la formación de los sacerdotes. « No hay nada más grande que un sacerdote, decía san Vicente, a quien Dios le da todo poder sobre su cuerpo natural y sobre la mística, el poder de perdonar los pecados... »

!Pero, que exigencia de santidad para ser coherente consigo mismo y artísticar por el ejemplo! Exigencia, pero no monopolio! Todos nosotros, que somos «de la religión de san Pedro», como decía san Vicente, estamos llamados a la santidad: **!a unirnos a Dios en toda nuestra vida!**

!Toda una historia...

Servir con las Hijas de la Caridad

San Vicente decía siempre las cosas con realismo impregnado de humor. Decía: Jesús dirigió una compañía de mujeres. Hacía alusión a las mujeres que le acompañaron durante su vida pública, le sirvieron, le amaron y permanecieron fieles hasta el fin. ¿No fue una mujer la que vio primero a Cristo resucitado? ¿Será necesario mencionar a su Madre, que es bendita entre todas las mujeres? San Vicente ha dado a los Sacerdotes de la Misión como regla de vida: **imitar a Jesucristo**. También «¡qué bendición de Dios hacer lo que el Hijo de Dios ha hecho, dirigir (en sentido espiritual) a las mujeres que prestan servicios a Dios y al público de la mejor manera que pueden».

Nuestra responsabilidad como misioneros, es de insertarnos en una historia, de reapropiarnos de una misión: servir en la Capilla en unión con las Hijas de la Caridad.

El mismo Vicente ha tratado a muchas mujeres de su alrededor: su madre, sus hermanas, la reina Margarita de Navarra, la señora de Gondí, Luisa de Marillac, mujer entera, con gran corazón, mística, Margarita Naseau, primera Hija de la Caridad, y por supuesto, las Damas de la Caridad. En efecto, san Vicente ha dado a las mujeres un lugar en la Iglesia y en la sociedad, confiándoles el servicio de los pobres, no sólo corporal sino espiritualmente, así como la catequesis y la instrucción religiosa.

Rezar con la gente

Aquí el peregrino hace su camino. Descubre la capilla a su ritmo, según su inspiración. Se para aquí o allí. Se acerca al altar, de una u otra de las imágenes. Toma parte en la recitación del rosario y puede, también beneficiarse de la formación que se ofrece.

Lo más grande para mí es la Eucaristía. Es maravilloso ver a las personas recibir en profundidad el Cuerpo de Cristo y acoger el perdón de Dios en el sacramento de la reconciliación.

San Vicente decía : «Es preciso que la gente vea que somos hombres de oración. ¡Qué bueno sería que nos vieran rezar con ellos» El aconsejaba a sus sacerdotes celebrar dignamente la **Eucaristía**, con las mismas disposiciones que Jesús.

Tenía también en grande estima el sacerdocio bautismal de todos los cristianos, que ofrecen su vida y el sacrificio eucarístico. Todos pueden unir su vida cotidiana a la ofrenda de Cristo por la visita al Santísimo Sacramento. En el fondo, San Vicente unía la adoración a la misión.

Sacerdote al servicio de la gente

¡Para los Lazaristas el estilo es san Vicente!

Para él, un sacerdote se da totalmente a Dios, para el servicio de la gente. Es un camino de servicio y también de Fe-

Somos 3 500 en el mundo entero, en Francia alrededor de 150. Aquí se nos llama Sacerdotes de la Misión o Lazaristas, por haber habitado un gran priorato, cerca de la estación del Este, en París, llamado San Lázaro porque estaba destinado a acoger los leprosos. Vivimos diariamente **en comunidad** una vida fraterna. Nuestro Superior General, que es también el de las Hijas de la Caridad, reside en Roma. En París ya conocéis bien nuestra «casa madre» que está unida a la capilla de San Vicente de Paúl * visitada por numerosos peregrinos.

En la capilla, se puede oír cómo el mundo sufre, de qué manera las personas están heridas. Pero también se escucha su esperanza y agradecimiento. Las celebraciones del martes son para honrar y respetar las intenciones depositadas o enviadas por Internet a la Capilla.

¡El carisma de san Vicente vive todavía!

Una espiritualidad misionera

San Vicente no ha escrito ningún tratado, pero se puede sacar de sus conferencias, de sus cartas y de sus acciones una espiritualidad de acción.

Señaló a los misioneros cinco virtudes para cultivar; las virtudes más útiles para acercarse a los otros. Estas virtudes misioneras son: la sencillez, la humildad, la dulzura, la mortificación y el celo hasta el don total de sí mismos. Nuestra vocación es de ir por toda la tierra, decía San Vicente, y ¿a qué?

A inflamar el corazón de los hombres.

No olvidemos que san Vicente propone esta espiritualidad misionera a todos los cristianos, sacerdotes y laicos.

Amo nuestra divisa: «Me ha enviado a evangelizar a los pobres». En las misiones, vamos hacia la gente. Aquí es lo contrario: la gente viene.

En la capilla, nosotros sacerdotes formamos equipo. En lugar de ir al mundo entero, el mundo entero viene a nosotros.

Bernard Schoepfer c.m.